



Turistas

cuentos

Bárbara Gutiérrez

Turistas

© *Bárbara Gutiérrez, 2024*

Todos los derechos reservados.

El efecto Lisboa

Buenos Aires 2024

La primera vez, Lisboa les pareció sencilla y original. Un poco detenida en el tiempo, envuelta en un aura llena de promesas. Las calles de adoquines desparejos, el idioma apenas comprendido, la gente del lugar seria, de pocas palabras. Los precios baratísimos, lo que predispone favorablemente, y permite ser generosos, sentirse más ricos de lo que son en realidad.

Uno ve la cuenta de un restaurante, por ejemplo, con todo lo que han comido: las inevitables sardinas, las ensaladas, el estofado, los postres (mucho pudín con hojaldre), los cuatro o cinco cafés- porque no hay apuro- y los licores digestivos. Es una moneda muy devaluada, llena de ceros, que a primera vista asusta y luego de hacer el cálculo apropiado, resulta ser como un regalo. “Fantástico - dice él - hemos comido como reyes por el valor de lo que cuesta un café en casa” y ella que siempre está sedienta aprovecha para decir “pidamos otra copa, para festejar”.

Una vez encontrado este lugar, que reúne muchas de las virtudes que buscan, se comportan como amantes fieles y aplicados: irán allí al menos una vez al día durante todas las vacaciones y solo entrarán a otros sitios por un café o un refresco, más que nada, para poder compararlo con la joya que han encontrado.

“Bueno, aquí se ve que gastan más en la ambientación, que en la comida” -observa él- y ella agrega: “y ni siquiera atiende el dueño”. Se alegran, porque más tarde o mañana irán a su fonda. Allí, ya conocen el menú, ya el dueño el saluda somnoliento detrás de la caja y la mesera les sonrío cuando los acompaña a la mesa, hablando del clima “por la tarde se pondrá bueno” les dice, como si ella misma se hubiera encargado del asunto. Ellos saben que en gran parte toda esta amabilidad es producto de las propinas tan generosas que dejan (“¡¡imagine! El 20% de un café en casa”) pero se sienten a gusto en este juego de roles, donde-por una vez- ellos son los ricos mecenas y no los dependientes de sueldos miserables que son en su país. Suspiran a dúo, felices de tener este restaurante con caras amigas, este secreto que han descubierto a fuerza de caminar horas por la ciudad extranjera.

Las vacaciones han sido un éxito. Han logrado, una vez más, encontrar el lugar exacto para sentirse como en casa, que es todo lo que anhelan cuando van de viaje, sin considerar nunca la idea que quedarse en casa sería más barato y menos complicado.

Tres años después deciden repetir la experiencia y regresan a Lisboa. Parte de los preparativos incluye buscar el sobre que dice LISBOA, que contiene tickets, la tarjeta del restaurante preferido, mapas turísticos y algo de cambio en la moneda local, que ya no sirve, porque Portugal es ahora parte de la comunidad europea.

Llegados al aeropuerto notan enseguida una diferencia en el espíritu de la ciudad. Todo Lisboa está en obras, reformas y mejoras de cara a la Expo Lisboa de 1998. Taladros neumáticos, andamios, ruidos, muchísimas calles cortadas. Llegan cansados y confundidos al restaurant de sus recuerdos. Luces de neón, muchos espejos y mesas cromadas. La magia se ha ido. Una televisión enorme en la pared del fondo, reemplaza el mapa pintado a mano del recorrido del Minho. El dueño sigue detrás de la caja, está mejor vestido, con aires de ejecutivo y apenas los reconoce. No hay licores digestivos como cortesía de la casa y los precios, que horror, ya no los hacen sentir millonarios de vacaciones, sino unos turistas de clase económica. Al ver la propina, la camarera, que es muy joven y los ha servido como haciéndoles un favor, a desgano, los mira con rencor.

Caminando de regreso a la pensión, ella dice con tristeza “ Cuántos cambios, que feo”, pero el sonrío de oreja a oreja, como liberado de un deber, exclama:

“¡Excelente! Ahora que ya se arruinó también esta ciudad, no hace falta regresar nunca más”.

La isla

* * *

La isla

México 2018

Ella era una extranjera, con dos hijos de cinco y nueve años, casi recién llegada a Alemania. Apenas hablaba el idioma y lo entendía aún menos, pero había logrado establecerse en esos meses, hacer funcionar una casa llena de costumbres nuevas y sus dos hijos, su aporte al matrimonio, eran como dos cobayos de este experimento doméstico, se iban adaptando bastante bien, más rápido que ella, en realidad.

El marido, nativo, ha reorganizado su vida de universitario de post grado y su departamento de soltero, para dar cabida a esta mujer, que cree amar, y a sus dos hijos, a los que está aprendiendo a conocer y a querer.

Hay colchones en el piso con sábanas y frazadas que han aportado los amigos. Hay carteles por todos lados: junto al teléfono uno que dice, en alemán fonético, “hable usted despacio, por favor, voy a tomar nota de su mensaje”; en el baño otro que dice “¡Apagar la luz al salir!” y en la cocina otro más, con una carita de conejo feliz “¡Ahorrar el agua!”. En la entrada, pegado a la puerta, uno más grande con los horarios del marido, de la mujer y de los niños. Ella un día, distraída, lo ha llenado de ores, nubes y corazoncitos.

La vida transcurre dentro de reglas muy precisas, escuelas y trabajo en las mañanas y encuentros en las tardes, cuando los cuatro juntos en la minúscula cocina comparten una jarra de té y algún pastel, contando las anécdotas de día. Los tres extranjeros hablan un español rápido entre ellos, y un alemán lento y primitivo con el marido.

Los niños hacen progresos enormes y veloces en la escuela, la mujer suple sus días cultos para aprender con muchos abrazos y risas- con una mirada atenta y ocasionales “Ja, ja (Si, si)”.

De vez en cuando el marido, interrumpe lo que está diciendo y le pregunta a quemarropa “Was habe ich gerade gesagt?” (¿Qué acabo de decir?) Y ella se siente, cada vez, avergonzada, no puede responder. Aunque también siente que sí ha entendido, de otro modo. Y él, un poco decepcionado, le explica con paciencia alguna palabra difícil, se la traduce en su español de acero.

Vienen amigos de visita, y la mujer improvisa en los 40 metros cuadrados, una mesa para diez personas, atravesada en el dormitorio, con mantel blanco, ores y velas y cocina. Cocina como nunca, porque cocinar es el único idioma válido para ella en este nuevo país.

Sirve la mesa, sonrío mucho, entiende muy poco lo que habla este grupo de amigos, que se conocen desde hace décadas, pero ríe cada broma, habla muy poco y vigila a sus hijos, dirigiéndoles miradas silenciosas que ellos

obedecen al instante: son niños hermosos, serios, atentos. Están en permanente conexión con el no sistema nervioso de esta madre, que es lo único conocido que tienen en este país nuevo, y están como al pendiente que esa madre no caiga, no sufra, no llore.

Cuidan a su madre obedeciéndola, con muchos abrazos, dibujitos, palabras en español.

El, a veces, se siente excluido y se pone de un humor extraño, entonces sale a dar largas caminatas, a solas.

Un día hablan de esto, del desconcierto que le provoca a él ver a estos tres extraños revolcándose en el piso, jugando a las cosquillas o simplemente amontonados, escuchando un cuento o música. “Pegoteados”, dice él, rebuscando en su chero de palabras en español. No lo entiende, dice, él casi no ha tocado a su madre mientras vivió, y tiene un padre al que saluda, cuando lo visita una vez por mes, con un abrazo rápido, marcial, y una hermana con la que no se habla hace años.

Y aquí, en su casa, su pequeño refugio, de golpe tiene a tres latinos bailando como derviches en medio de sus cosas, llenos de lágrimas, de besos, de risas, de gritos. Y le dice a la mujer que a su manera le gusta, le emociona, pero también, por momentos, le cansa.

Le pregunta a ella si no siente ganas de estar solas, a veces. Y ella no sabe que responder. Jamás ha estado sola, se ha sentido sola muchas veces, pero nunca ha estado

sola, casi nunca. Y esto no se lo puede explicar en la mezcolanza de idiomas que usan para comunicarse, asique le dice “Jamás estuve sola” y él se sorprende a tal grado, que por única vez se queda sin palabras. La mira boquiabierto, como si estuviera viendo un bicho rarísimo en el zoológico, sacude la cabeza y dice “Nein! es ist wahr?” (“¡No! ¿Es verdad?”) Y ella explica: Viví con mis hermanos hasta que me casé a los 20 años, tuve mi primera hija y de ahí en más, nunca estuve sola.

Entonces él se levanta y va a hablar por teléfono con su amiga más vieja, su gurú, y le cuenta esta revelación increíble, este descubrimiento que lo alucina. Hablan mucho rato en un alemán rápido, con dente -que la mujer, que se ha quedado en la cocina a la luz de las velas que le gusta encender para distraerse del invierno, no puede entender.

Finalmente el regresa, triunfante, y le dice “Mañana te vas a ir a la isla-la isla en el mar del norte donde se han casado hace unos meses- a casa de mi amiga, a pasar cuatro días sola. Los niños y yo te iremos a buscar el sábado y nos regresamos todos juntos el domingo.”

Y a la mañana siguiente, la mujer tiene su pequeña maleta, un papel con las indicaciones para bajarse del tren, para llegar a la casa, dónde están las llaves, cómo se prenden las luces, donde está la leña, qué cuidados hay que tener.

Se despide de sus hijos que la miran preocupados, pero le desean suerte y se van contentos a la escuela y de su

marido, que la lleva a la estación y la despide sonriente, feliz con su plan. Le dice: “Vas a ver qué bien hace estar a solas, vas a comprenderme mejor” y la besa antes de subirla al tren, que la llevará a la isla. Le recomienda que cuente bien el dinero de los vueltos, que siga las instrucciones, que disfrute mucho de sus cuatro días de soledad.

Parece tan seguro y tan contento de haberle organizado este plan, que ella sube al tren y se acomoda en su lugar obediente, un poco nerviosa, pero decidida a ser valiente, armada de su cuadernito para escribir y con el corazón un poco agobiado (¡Los niños! ¿Se portarán bien si ella no está?) Dice adiós con la mano y ve como él, gigante, se hace pequeñito en el andén.

Es un viaje de tres horas, con un transbordo. Llega a la isla en medio de una tormenta con nevisca (hace rato que empezó el invierno), asique está casi oscuro a las cuatro de la tarde. Pero tiene una mapa dibujado por su marido, preciso y claro, que ha suavizado con echitas y corazones, imitando el estilo infantil de ella- este detalle la hace sonreír- y llega a la casa, grande, solitaria en una playa del Mar del Norte, con un mar embravecido.

Prende la chimenea, encuentra los víveres que alguien ha dejado para ella en la cocina y se dispone a estar a solas.

Siente ruidos extraños en la casa, vieja, de dos pisos, asique decide dormir esa primera noche en el sofá, frente al

fuego, y salir a explorar en la mañana.

Cuando amanece, la aturde esto de estar a solas, sin teléfono, sin nadie. Sale a caminar, quiere comprar cigarrillos (va a volver a fumar, luego de un año de haberlo dejado) y en la tienda compra cigarrillos, vino y chocolates: un arsenal para hacer frente a esa soledad y ese frío, sabiendo que no está siendo como él quiere, madura y razonable, que se está rebelando, de la única manera que sabe: haciéndose a sí misma un poco de daño.

Fueron los peores tres días de su vida, no hizo más que llorar, vagar por la casa en silencio, revisando el altillo, lleno de cosas viejas, de gente muerta, caminatas cortas por la playa desierta, sacudida por el viento, fumando y tomando vino, comiendo apenas.

Hasta que amaneció el bendito día número cuatro y ordenó la casa, tiró los cigarrillo y las botellas vacías, abrió las ventanas, preparó una rica comida, hizo las camas para sus hijos, cambio las sábanas de la habitación principal y empezó a sentirse algo mejor, porque en unas horas vendrían a rescatarla de ese pozo negro al que fue arrojada por motivos que comprende, pero que no le han hecho ningún bien. Esto no lo dirá nunca, no a él. Le dirá, cuando la abrace en la cama, “¡Gracias!” y el creerá que sus lágrimas (que nunca faltan) son de agradecimiento.

La suma

* * *

La suma

Buenos Aires 2020

Tenía 19 años y estaba recorriendo una parte de Estados Unidos por caminos rurales, en el estado de Tennessee, rumbo a Memphis. El auto en el que iba había conocido mejores épocas y necesitaba agua para el radiador cada cincuenta kilómetros.

La próxima parada obligatoria fue en una de esas estaciones de servicio en el medio de la nada, que hemos visto en miles de películas gringas: un surtidor como de otra época, una casucha al rayo del sol despiadado, con su galería destartalada y a la sombra, en una mecedora, un viejo abanicándose y espantando las moscas con un sombrero des ecado.

Adentro, en la penumbra más fresca, un ventilador de techo achacoso y atrás del mostrador una mujer negra, vieja como la injusticia, de ojos brillantes y pelo canoso.

Busque unas cocas colas frías, un paquete de galletas saladas y un mapa de la región (el que consultaba hasta ese momento del viaje, se había volado por la ventanilla del auto, un par de kilómetros antes).

Le pedí a la mujer que me señalara en el mapa dónde estábamos y me miró sin comprender mi inglés de colegio. Al rato me dijo el nombre del lugar, que no entendí, pero no lo señaló en el mapa, sino que lo dijo mirando al techo.

Pregunté por Memphis y sonrió por primera vez.

-Ah! Memphis- me dijo- fui una vez, cuando era joven. Y pareció perderse en el túnel del tiempo.

Me imaginé su vida, tan distante de la mía, su vida de niña negra, de joven y ahora de vieja, sentada tras el mostrador de una tienda suspendida en el calor de la pradera, cerca de Memphis, pero tan lejos para ella, que había ido solo una vez en la vida y aun sonreía al recordarlo.

Le pedí la cuenta de las cosas que puse sobre el mostrador y de entre su pelo canoso y ensortijado sacó un lápiz ya muy usado, apenas más grande que su dedo meñique. Lo mojó con la punta de la lengua y muy lentamente escribió los importes de las dos cocas colas, uno debajo de otro, de las galletas y del mapa, poniendo mucho cuidado en alinear los números. Luego me tendió el papel y el lápiz y me dijo amable pero raramente

-Haga esta suma

Y yo, desde toda la arrogancia de mis 19 años, criada al otro lado del continente, que es como decir en otro planeta, me reí alegremente y le dije -¡No sé sumar!

Entonces, ella se puso seria y me miró por primera vez directamente a los ojos, y sus ojos eran dos brasas brillantes de desprecio y me respondió

-Pues debería, está claro que ha tenido todas las oportunidades para aprender- y un poco más suave, bajando la mirada, agregó:

-Yo no- y me palmeo la mano como absolviéndome de mi estupidez.

Y yo, roja de vergüenza y desconsuelo, tomé el muñón de lápiz, lo moje con la punta de mi lengua y en voz alta empecé a hacer la suma.

Por hora

* * *

Por hora

Buenos Aires 2020

Frau Wong no es china, como pensé, sino alemana. La observo disimuladamente mientras habla por teléfono haciendo señas para que me siente. Parece más bien una valquiria de manual.

No tiene ni un rasgo que parezca oriental. “El marido” me digo, y no me equivoco. Cuando ella cuelga, aparece, como en las buenas telenovelas, el hombrecito de traje a rayas, zapatos negros y blancos, ojos rasgados y el cabello lacio.

-Le presento a mi marido- dice ella y señalándome a mí, le dice

-Es la persona de la que te hablé.

El hombre, que sonrío todo el tiempo, toma el lugar principal tras el escritorio de cristal, y la mujer se coloca a su lado, de pie, como creo que deben hacer las buenas esposas chinas. Él me explica el trabajo, el horario, habla de impuestos, de vacaciones, de renunciadas y despidos y yo entiendo, apenas, lo fundamental. Debo trabajar solo 42 horas por semana para ganar el básico y quedar fuera de la maquinaria de impuestos. Seré parte de un “equipo” que consta de una enfermera y una auxiliar de limpieza, que vendría a ser yo. Cuidados ambulantes para la Seguridad Social.

El lunes rmaré los papeles, porque el hombre dice tres o cuatro veces que la suya es una empresa muy seria. Me hace acordar a los chantas de mi país, pero en versión oriental y en Alemania. El mira mi pasaporte y mi permiso de trabajo. “Argentina- dice- Maradona” y sonrío aún más mostrando todos los dientes de una blanco refulgente. Esas sonrisas las conozco. Las nancia en un 80% la caja de salud.

Vamos en un auto de la empresa la enfermera, la supervisora y yo. Ellas van adelante, yo detrás, al lado de un paquete de 100 unidades de pañales para adultos.

Conversan entre ellas rápidamente, mucho de lo que dicen no lo entiendo. En un cruce de peatones la enfermera, que es la que conduce, frena y mira cruzar a un viejo con bastón de tres patas. “¿Necesitamos más clientes?” le pregunta con seriedad a la supervisora. Ríen. Yo también, porque eso lo he entendido y me imagino una red de enfermeras al volante de pequeños autos con slogans de Servicios Ambulantes de Cuidados, atropellando viejitos por las calles de Alemania, captando clientes.

La supervisora me mira brevemente y le dice a la enfermera “Esta entiende.

Pensé que no entendía nada”. La enfermera me mira por el espejo retrovisor. Ya no sonrío.

Llegamos al lugar. Bajamos. La enfermera abre la puerta del apartamento con una llave que elige con

precisión de un enorme, increíble, llavero. San Pedro con medias anti varices. Adentro está oscuro y huele a animales, a mierda de animales...

“Buen día, Frau Mathissen” grita la supervisora alegremente. “Tiene tres gatitos” me dice la enfermera susurrando, con un tono de entusiasmo. No me gustan los gatos, me dan miedo. No digo nada y miro la sala. Por la puerta ventana abierta que da aun patio triste y oscuro, comunal, han entrado miles de hojas secas, ramas y plumas. “¿Plumas?” repite mi cerebro, me parece raro, pero todo me parece raro asique no me detengo a hacer conjeturas. En la habitación de al lado, separada por un arco, hay una cama en medio del desorden más absurdo, enfermizo, de pañales, videos, ceniceros, revistas, cajas de cartón, dos sillas de ruedas. En la cama, una mujer de tal vez 50 años, inválida, con el pelo sucio y mal cortado y una camisa enorme y desteñida donde navegan a la deriva dos pechos enormes, ácidos.

“Es la última vez que probamos” dice la supervisora en un tono violento, como un guarda de prisión gritándole a un delincuente. “Si vuelve a maltratar a la gente que mandamos, se acabó. ¡Caso cerrado!”- le dice. La mujer en la cama no parece amedrentada, sino que sacude la cabeza con furia y le grita fuerte y claro “¡NEIN!”, una vez, con la voz ronca.

La supervisora se va. La enfermera se pone unos guantes de látex y pregunta “¿Qué comen hoy tus gatos?”

“Pollo y sardinas” dice la enferma, esta vez balbuceando y supongo que las frases largas le dan más trabajo, mientras señala espasmódicamente las latas apiladas en el repecho de la ventana. Yo enchufo la aspiradora que encontré en un rincón. Las dos mujeres me miran. La enfermera dice “No funciona” y Frau Mathissen sonrío con su sonrisa húmeda y como escurrida. “Kaput” me dice y veo como, luego de cinco intentos, logra agarrar la cajetilla de cigarrillos. La miro fascinada, con el mango de la aspiradora colgando. Después de otros cinco intentos agarra el encendedor. No puedo creer que va a fumar, va a quemarse un ojo, por lo menos. Y al tercer intento, efectivamente, lo prende, y hecha una bocanada de humo con evidente placer.

Yo miro desolada la sala donde descubrí un pájaro enorme, muerto y medio comido por los gatos, calculo. Un gato negro pasa rosándome las piernas. Pateo la aspiradora, por no patear al gato. Y funciona.

El gato más grande se llama Sócrates, el otro Casimir y el que está tirado en la entrada como un felpudo viejo es Sandy y tiene un tumor en el cerebro, me explica la enfermera. “Amo a los animales” me dice con cara de beata y me tiende una pala con agujeritos para que limpie el cajón de arena, minado de sorullos.

Cuando termino con esta tarea, limpio la diarrea del gato enfermo sobre el piso de baldosas. El animal- lo juro- me mira jamente y vomita una pasta de sardinas sobre el piso recién lavado. “Gato de mierda” le digo bajito y en

español y a mí misma me digo “no tengo que llorar”.

Frau Mathissen permitió que la bañáramos. Parece que es un gran honor, ya que los otros equipos no lo habían logrado. La enfermera le dice palabras de aliento mientras le saca la camisa y aparta las sábanas. La enferma queda sentada, desnuda, en medio de unos trapos mugrientos de color indecible, que han de haber sido las sábanas. De un agujero de la panza sale una sonda que va a la bolsa de orina que cuelga al lado de la cama. A una seña de la enfermera, me acerco y me indica cómo debo ayudarla para que pongamos a la mujer desnuda en una de las sillas de rueda. Maniobramos un poco y la enfermera me dice “ok” y se la lleva rodando al baño. Yo empiezo a cambiar las sábanas. Si fuera por mí, prendería fuego la cama. Sería lo único higiénico: en vez de limpiar, recorrer la casa con un lanzallamas.

Durante días y días, Frau Mathissen ha comido, cagado, fumado y tomado vino barato de unas mamaderas gigantes en esa cama.

Sacó las sábanas, luchando con los ganchos de seguridad que las sujetan a todo el perímetro del colchón. Sacudo, limpio, paso la aspiradora alemana que resucite a patadas argentinas y pongo sábanas limpias, un camisón que encontré en la cómoda con volantes y orejetas, y un pañal nuevo, talla XXG. Frau Mathissen vuelve de la ducha sentada un poco escorada en su silla de ruedas. Me enseña los dientes, en buen plan. “Se ha lavado, incluso, los

dientes” me dice la enfermera, orgullosa. “Bravo” digo yo, y pienso en aplaudir, pero me parece mucho.

Frau Mathissen durmió toda la mañana. La enfermera rellenó el pastillero, vació la bolsa de la sonda, le cambió el pañal a la enferma sin despertarla y se sentó el resto de las dos horas en la cocina con un café que trajo en su termo y un libro que parece una novela barata. Yo hago la limpieza, y con mucho cuidado junto cajetillas de cigarrillos vacías sobre cama, barro las colillas de cigarrillos que cayeron de un cenicero repleto, que limpio también, y miro la cara de la mujer dormida. Una nube de alcohol ota sobre su cabeza despeinada. Dios te tenga en su gloria, en el paraíso del tetrabrik, le deseo de todo corazón. (Viernes)

La enferma y la enfermera discuten violentamente. Cuando la enfermera se va a la cocina, la mujer desde la cama me hace una seña, a mí, que limpio las ventanas. “Ella está loca, cree que sabe todo y no sabe nada” me dice sorprendiéndome de veras con su español casi perfecto, aunque estropeado por su dicción de enferma.

Le pregunto, también en español, cuál es su enfermedad. “Tomé curare – me dice- yo era enfermera en el Hospital de Enfermedades Tropicales. Quise suicidarme. Cosas de amores” y sonrío con picardía “Y aún vivo” agrega en alemán. Vive, y en solamente cuatro intentos logra apretar el on del control remoto de la televisión.

Termina la semana. Volvemos a la empresa en el auto que tiene tres corazones rojos entrelazados y el nombre de

la rma con un slogan que dice “Estamos aquí para usted, de corazón”. Antes de bajarme del auto, la enfermera me toca el hombro y me dice “la próxima semana vamos a tener una paciente nueva, una viejecita de 95 años”. “Ok” contesto y me subo a mi bicicleta pensando en que será una gran suerte si por lo menos la viejecita hace sus necesidades solas en el baño y no tiene gatos.

Seguro contra terceros

* * *

Seguro contra terceros

Buenos Aires 2020

Hacía cinco meses que vivía en Hamburgo, ya había aprendido muchas cosas en esta nueva vida, a 11.786 kilómetros de casa.

Sabía manejar por la ciudad en bicicleta, siguiendo todas las indicaciones, tenía ya mis recorridos aprendidos y no me perdía demasiado.

Podía sostener conversaciones cortas y fáciles en alemán, siempre y cuando no hablara mucha gente a la vez.

Podía hacer las compras, y ya no me sucedía lo de confundir una salsa chutney con una mermelada, me había acostumbrado a llevar siempre mi bolsa para los mandados y no tener que pagar un extra por las de plástico. Incluso ya sabía llegar a la hora en punto a las citas, para evitarme las caras

largas de los alemanes, tan puntuales y poco tolerantes con la impuntualidad latina.

En suma, me sentía bastante adaptada.

Pero de un día para otro empecé a tener unas alucinaciones auditivas muy curiosas. Adentro de mi mente escuchaba a un niño llorar

desconsoladamente y antes de poder evitarlo, gruesas lágrimas corrían por mis mejillas, en los momentos más inoportunos, sin venir a cuento. Esto me traía muchos inconvenientes y me avergonzaba, claro.

Podía estar pidiendo unos panecillos en la panadería y mientras pagaba y la panadera me daba las gracias, de pronto el llanto del niño en mi cabeza, fuerte y claro, y las lágrimas cayendo sobre el mostrador immaculado.

A veces me sucedía en el tren, mientras hablaba de cosas sin importancia como el clima con una señora vieja y amable (que también las hay en Alemania) y, zas, primero el niño adentro de mi cabeza y luego las lágrimas intempestivas. A veces, la gente me preguntaba si me sucedía algo, pero la mayoría de las personas solo miraban hacia otro lado con incomodidad evidente.

Asique se lo conté una tarde a mi marido, parte en español y parte en alemán (en ese dialecto que íbamos construyendo) y el me sugirió sacar una cita con un psicoanalista uruguayo, que atendía a unas diez cuadras de casa. Lo pagaría el seguro social, el idioma no sería un problema y no sería una carga extra para nuestras muy ajustadas nanzas.

Decidida a ir al fondo de este asunto, empecé a ir una vez por semana con el Doctor Valente, que me explicó que lo que me sucedía no era algo tan extraño ni tan grave como yo creía: se trataba de un síndrome bastante común entre los inmigrantes (y fue la primera vez que me vi a mi

misma no como la persona que soy, sino como parte de un conjunto mayor: una extranjera) y es el Síndrome del Exiliado, que se mani esta con variados síntomas. Y aunque yo no me consideraba una exiliada, porque me había casado con un alemán y había dejado mi país por propia voluntad, encantada, el Doctor Valente me explicó que los primeros meses, incluso todo un año, son como un desierto emocional donde pueden sucederle muchas cosas desconocidas a una psique, cuando se va a vivir a otro país.

Y yo escuchaba un llanto de niño, un llanto desolado que me hacía llorar aunque estuviera, técnicamente, perfectamente feliz. Cómo si mis ojos fueran dos órganos independientes de mis emociones.

No quiero profundizar en los diferentes temas que salieron de esas consultas, porque no vienen al caso, pero una vez que entendí esta explicación del Síndrome de Exiliado, deje de escuchar a ese niño llorar y ya solo lloraba por cuenta propia y adecuadamente.

El día que iba camino a mi última cita (el seguro social me había asignado un número preciso de entrevistas pagas, porque así se manejan por allá: hasta la psiquis debe obedecer ciertas reglas) circulaba en mi bicicleta por el carril de ciclistas, cuando me estampé a buena velocidad contra la puerta de un auto que se abrió de golpe y sin aviso. La bicicleta se clavó contra la puerta abierta, yo volé por el aire y aterrice unos metros más allá, de cara en el pavimento. Una piedrita se me clavó en la frente y un borbotón de

sangre me nubló la vista. Por algún raro instinto que nace de la vergüenza, me puse de pie de un salto, me escurrí los ojos y fui a recoger mi bici, que estaba salida de su marco, con el manubrio doblado y las ruedas chuecas.

Un hombre parado junto al automóvil se agarraba la cabeza y hablaba muy rápido y fuerte en alemán. No entendía nada de lo que decía (el shock y mi falta de idioma). Solo comprendí la palabra “policía” y “seguro” y mientras el hombre gesticulaba y seguía repitiendo “policía” y “seguro”, yo agarré mi bicicleta y me fui de allí lo más rápido que pude, caminando a buen paso, con la bici a los tumbos.

Llegue a mi casa y mi marido estaba sentado en la mesa de la cocina comiendo un mango - un mango: que en Alemania es como estar comiendo caviar, ni más ni menos. Así que estaba él todo ceremonioso y concentrado en pelar su mango y cuando alzó la vista me vio: desgrefñada, con la camisa blanca llena de sangre y llorando del susto. Me llevó al baño y me lavó la cara, me hizo sentar, me dio un abrazo y me preguntó qué había sucedido. Le conté el incidente, me hizo preguntas, y cuando terminé mi cuento me dice: “Bueno, ya pasó, ahora vamos a ir al hospital a que te pongan unos puntos en esa herida. Dame el número del seguro contra terceros del conductor del auto”.

Yo, aún aturdida, no comprendí de qué me estaba hablando ¿cuál número, cuál seguro? Con creciente horror, vi cómo mi marido empezaba a enojarse conmigo. ¿Es que

yo no sabía que la gente tiene seguros para esas cosas?

¿Quién iba a pagar entonces el hospital, la camisa arruinada y la bicicleta? ¿No me ofreció el hombre su número de seguro y sus datos? ¿Porque coño me había ido yo así, como si la culpa fuera mía y no del conductor? Le expliqué que me había parecido que el hombre estaba enojado, o sea que la culpa era, sin dudas, mía: la extranjera que se saltó alguna de sus miles de reglas para circular, que jamás había escuchado hablar de seguros y números, que solo pensé en alejarme antes de terminar presa o algo así. Entonces mi marido me llevó al hospital y me dejó en la puerta, porque tenía una cita que no quiso cancelar y estaba visiblemente enojado y me dijo “Ve tu sola, será lo mejor: explícales como puedas y esperemos que, como no van a comprenderte, van a tener que atenderte gratis, como a los ilegales, no enseñes tus documentos.”

Y entonces, el llanto del niño desconocido se escuchó en mi cerebro- fuerte y claro- y yo comprendí al n, que aún me quedaba un largo camino en solitario por el desierto de los extranjeros.

Paranoia Urbana

* * *

Paranoia Urbana

México 2017

La puerta automática del subterráneo casi le aprieta el brazo.

Ahogó una exclamación y se escuchó a sí misma haciendo un ruido como de animal asustado. Nadie más pareció escucharlo. Era la hora pico, el vagón iba repleto pero alcanzó a ver un lugar vacío entre una mujer japonesa y la ventanilla.

Pidiendo vagas disculpas, que sonaban como “mññññññdigung”, se acercó al lugar y caminó de costado como una bailarina de ballet, entre los tres pares de zapatos del pequeño compartimiento.

Suspiró, miró por la ventana, controló la hora en el reloj del andén que se alejaba y miró a los dos hombres que estaban sentados enfrente, a cincuenta centímetros de su cara.

Los dos parecían completamente mal hechos, con alguna obstrucción mental o moral, exhalaban un olor a humedad y cerveza y a suciedad añeja.

Uno tenía los ojos a diferente altura, oblicuos y sin brillo, separados por una nariz quebrada en varios sitios y unos pelos como cola de rata, de un color indecible, que le caían hasta los hombros.

El otro era más joven. Tenía diversos cortes en la cara, como si se hubiera golpeado de diferentes maneras desde hacía unos días. Los dos iban vestidos con viejas chamarras de marcas baratas, y se pasaban sin hablar una cerveza.

Ella buscó en su mochila el libro para niños que llevaba y traía desde hace semanas para leer en los viajes y practicar su nuevo idioma, pero no lograba concentrarse y cada tanto clavaba sus ojos en los dos hombres. Enseguida los apartaba, segura de que con solo mirarlos podía desatar vaya a saber qué violencias.

Mucha gente se bajó en la parada donde había diferentes combinaciones. La mujer japonesa pidió permiso y ella le sonrió.

Uno de los hombres eructó y ella miró a un costado. Una señora vieja levantó las cejas como reprobando la grosera conducta. Ella le sonrió y volvió la vista a su libro. Cuando arranco el tren, su boleto cayó debajo del asiento. El zapato de uno de los hombres se posó encima.

Miró disimuladamente a los dos hombres, para pedir disculpas y recoger su boleto y le pareció que el más joven tenía un bulto bajo la chamarra barata.

“Un arma” pensó. Se imaginó al hombre, preso de un ataque de furia desatado por una mirada de ella, sacando el arma, disparos a quemarropa. Caos, gritos, sangre. Un miedo frío y mortal, como la muerte misma.

El subterráneo paró en la próxima estación y subió una madre con un niño. “Ah, no, niños no” pensó ella mientras el hombre metía la mano dentro de la chamarra barata.

“Ahora” grito ella sin abrir la boca, y su corazón latía descontrolado y pensó en levantarse, pero se quedó dónde estaba. Sería horrible morir de un tiro en la nuca, desprevenida.

El hombre rebuscó dentro de la chamarra, bajó un poco más el cierre relámpago, y un brillo metálico asomó, apenas, bajo su axila.

Se levantó de un salto y corrió hacia la puerta. El tren ya estaba frenando en otra estación y ella abrió las puertas y se bajó. Quedó de pie en el andén mirando por la ventanilla hacia el interior del vagón.

Lo último que vio, fue al hombre sacando una lata de cerveza de adentro de la chamarra y su mano, abriéndola con un chisporroteo de espuma.

El tren se alejó con su ruido de abejas mecánicas y ella se dio cuenta que estaba a cuatro estaciones de casa y sin dinero para comprar otro pasaje.

Mayo del 68

* * *

Mayo del 68

México 2017

El aeropuerto, la espera, el avión. Ella era parte de la delegación que viajaba a París a participar del (después) mítico encuentro de la izquierda unida.

Era una estudiante de Filosofía y Letras de la UNAM, activa en la política universitaria. Había leído a Sartre y a Simón, vestía de negro y practicaba el amor libre (sin éxito hasta el momento).

Llegó a París, se alojó en un albergue universitario. Conoció a un Hermano Latinoamericano. Se pasó toda la semana en la cama. Cuando salió a la calle, la revolución había terminado.

El mantra de la felicidad

* * *

El mantra de la felicidad

México 2017

Regresaba de haber dejado a mis hijos en el colegio. Estacioné el auto en el garaje, pero enseguida salí caminando otra vez. No quería estar en esa casa.

Mi marido estaría en su oficina, al fondo del jardín, hablando por Skype con su nueva novia. Lo que quedaba de mi vida, tal como la conocía, llegaba a su fin.

Unos dos años antes, me avisaron por teléfono que se había muerto mi hija mayor y ese tiro en el alma era todavía una herida imposible de soportar, así que la noticia que además estaba por perder a mi marido más que tristeza me tenía enojada, furiosa. Supongo que el cerebro (o el corazón) aguanta determinada cantidad de sufrimiento, y el mío estaba ocupado con esa muerte absurda. Así que solo me quedaba un sentimiento disponible para esta segunda catástrofe y era la ira.

Así de furiosa empecé a caminar, pensando en todo tipo de venganzas, cuando me cruce con don Guadalupe, un hombre mayor, en el límite de la indigencia, que a veces vendía lotería y a veces ores por mi barrio. Me saludó como siempre, amable y tímido. Pero esta vez, mientras me miraba atentamente a la cara, sacó un pañuelo sorprendentemente limpio de entre sus andrajos y me lo ofreció con un gesto sencillo y antiguo para que me limpiara

los mocos y las lágrimas y con un ademán me indico que tomáramos asiento en el cordón de la vereda. Sacó unos cigarrillos sin ltro y fumamos un rato en silencio. No me preguntó nada, éramos solamente dos seres humanos haciéndonos compañía en una calle cualquiera de la ciudad más grande del mundo. Dos náufragos, pensé en un momento. Y de a poco empecé a contarle el rosario de mis penas, sin pudor, llorando a mares. Le hablé de mi hija, de lo absurdo y lo imposible de aceptar que era esa muerte, de mi marido, el Capitán Hielo, de toda la soledad del mundo que me mordía la nuca implacable. Del odio que sentía por ese hombre, el padre de mis otros hijos, mi compañero por tantos años, de cómo el amor era una palabra lejana y extraña en este nuevo universo de sombras.

Don Guadalupe fumaba y escuchaba, y cuando terminé- o hice una pausame preguntó: “¿Y que le gustaría hacer güerita, para sentirse mejor?” “Partirles la cara a los dos, a mi marido y a su novia, con un bate de béisbol” le dije muy sinceramente “eso, me haría sentir mejor”, agregué, por si no le había quedado claro. Don Guadalupe, se puso de pie, me tendió su mano arrugada y no tan limpia para ayudarme a levantar y me dijo: “Le voy a pedir un favor. Cuando tenga esos pensamientos, cuando este así de enojada, diga fuerte y varias veces: Qué sean muy felices, que todos seamos felices”. Me reí un poco, como quien escucha algo que dice un niño, tan sencillo que da risa. Pero regresé a mi casa y esa frase estaba grabada con letras brillantes en la negrura de mi cerebro “Que sean muy

felices, que todos seamos felices.”

Y un poco en broma, riéndome de mi misma, empecé a decir en voz alta y varias veces el pequeño mantra. Cada vez, cada vez que el enojo, la impotencia, la tristeza y el desamparo arrasaban conmigo.

Un día, unos cuantos meses después, a solas en mi nuevo pisito de divorciada me di cuenta que de eso se trataba todo: Que sean muy felices, que todos seamos muy felices.

Y funcionó. (México 2017)

El botón

* * *

El botón

Buenos Aires 2020

Por entre los ojos entrecerrados ella lo veía ir y venir por la habitación, tratando de no hacer ruido para no despertarla.

Casi podía adivinar sus movimientos, porque su rutina matutina era de un orden predecible.

Finalmente estuvo listo, con el abrigo puesto y la pequeña maleta en la mano.

Se acercó, y le dio un beso en el pie que asomaba por entre las frazadas, al tiempo que le preguntó en voz baja “¿Cosiste el botón de mi camisa gris?”.

Ella abrió los ojos de nitivamente y la voz le salió seca y enojada “¡No!” y luego un poco más amable “lo puedo hacer ahora” pero él ya estaba de pie y caminando hacia la puerta.

”No importa, sólo que habías dicho que ibas a hacerlo” dijo él, mirándose por última en el espejo y mientras abría la puerta le dijo “No te olvides de retirar la ropa de la tintorería y de pasar a buscar el libro”.

Ella no contestó sino que ocultó la cabeza bajo la almohada y apretó los labios con ganas de llorar. Cuando escuchó la puerta cerrarse y sus pasos bajando la escalera, se levantó de un salto y salió al balcón.

Enseguida vio su espalda alejándose, con el abrigo ondeando al viento. Se le ocurrió gritarle, para decirle algo lindo o simplemente para que se llevara el recuerdo de un saludo cariñoso, su imagen desnuda en el balcón cubierto de nieve.

Pero el ya doblaba la esquina y de todas maneras no iba a darse vuelta porque se le hacía tarde.

Ella entró a la casa, se puso una camisa de él que estaba sobre la silla y se fue a la cocina a preparar un café.

Sabía muy bien que si no se ponía pronto a hacer cosas, se metería en la cama otra vez a compadecerse de sí misma, hasta quedar en un estado catatónico del que solo saldría si sonaba el timbre o el teléfono.

Le daba vergüenza admitirlo, jamás se lo diría nadie, y menos a él, pero el quedarse sola le producía una sensación dolorosa, más allá de cualquier razonamiento. Cuando él se iba a uno de sus frecuentes viajes de negocios, le entraba un resentimiento, casi un odio, porque imaginaba su vida sin ella: buen mozo y solo, esperando su avión, leyendo el periódico, tal vez mirando una gura atractiva, sonriendo a la azafata, charlando con el vecino. Tan seguro de sí mismo, independiente y autosuficiente.

Y ella, atrapada en la telaraña de su vida. Hacer la cama, retirar la ropa de la tintorería, ir al centro a buscar un libro para él, hacer la compra. Esperar. Las horas como de goma estirándose interminables. La tarde mirando las

nubes rosas de la ventana.

La noche sin él, poblada de pesadillas. El miedo.

Alguna vez había tenido una vida propia, creía recordar. Un trabajo, amigos, obligaciones, amantes. Pero le parecía que eso había sucedido hace mucho, aunque en realidad solo habían pasado algunos meses desde que se habían casado y se habían ido a vivir al país de él, a miles de kilómetros del de ella.

Extranjera, casi analfabeta en ese idioma de piedra y acero.

Y él: solo por ahí, bilingüe y desenvuelto, en una ciudad sureña, lejos del frío, rodeado de señoritas mediterráneas dispuestas a hacerle favores.

Se lo imagina acercándose al mostrador de recepción con su camisa gris en la mano. "Podría alguien coserme este botón" preguntaría y una morena de sonrisa luminosa le diría: "Por supuesto, enseguida lo hacemos".

Ella se levantó de un salto y corrió a mirarse al espejo. Pero su imagen despeinada, la camisa enorme, los ojos enrojecidos, solo la hicieron llorar un poco más. ¿Por qué no le habría cosido el maldito botón? ¿Por qué lo dejó ir con esa despedida un poco amarga? Tal vez lo estaba perdiendo, tal vez ya lo había perdido.

De alguna manera pasó la semana, las horas interminables, las noches de pesadillas. Y cuando él abrió la

puerta del departamento, sonriente, se quitó el abrigo y dejó la maleta para saludarla con un abrazo; ella vio, apretada contra su pecho, que llevaba la camisa gris, perfectamente abrochada hasta el cuello.

“¿Quién te cosió el botón?” Preguntó en un susurro, aun con la cara escondida contra la camisa. “Ah, el botón- dijo el riéndose un poco- me lo cosieron en el hotel” y ella se apartó de él, y le dio la espalda, para que no la viera llorar.

Ausländerin

* * *

Ausländerin

México 2017

Llueve otra vez. La señora Salima corre hacia la entrada del metro de Steinstrasse.

Una vez dentro de la estación sigue corriendo porque, como siempre, tiene la sensación que su tren se estará yendo en el preciso momento que ella llegue al andén.

Sospecha que existe un plan horario, incluso ha mirado con insistencia las planillas de las estaciones, pero ese abarrotamiento de números y palabras extrañas escapan a su entendimiento.

Así es que confía, mejor, en su suerte y piensa “si corro ahora el tren no se irá” como quien invoca un sortilegio.

La señora Salima va camino a su trabajo, después de haber estado cinco horas en el ministerio para extranjeros.

Hace cuatro meses que llegó a Hamburgo en un ómnibus repleto de aspirantes a refugiados, casi todos de Bosnia.

Prácticamente no entiende nada del idioma, pero sonrío infatigable y la tenacidad de su sonrisa conmueve o irrita a los empleados de la oficina de inmigrantes que prorrogan su visa, mientras ella repite una y otra vez “Bosnia, nein, Bosnia gefährlich”.

La señora Salima sube al subterráneo y clava su mirada en el diagrama con líneas de colores de la red del recorrido. No deja de mirarlo ni un instante, atenta al mismo tiempo a los nombres de cada parada, que a veces son tan largos que no ha terminado de leerlos, cuando ya el tren arranca de nuevo.

Nunca es seguro que haya tomado la dirección correcta y la voz de los altoparlantes es un trabalenguas incomprensible.

Trabaja en la escuela de alemán para extranjeros, ocupación que consiguió gracias a su sonrisa invencible, armada de un papelito con una dirección que le pasó una mujer de Ucrania del campamento de refugiados.

En ese lugar, donde vive, el gobierno alemán ha improvisado un barrio para refugiados, con casillas rodantes de las que comúnmente se usan en los obrajes. Son rectangulares, de un blanco brillante, tienen pequeñas ventanas, baños químicos y duchas portátiles. Hay agua, luz y un poco de calor. Mucho más de lo que ha tenido en los últimos años en su país, que ya solo es un nombre en letras negras en los titulares de la prensa internacional:

una tragedia lejana.

Como ha venido sola, comparte su vivienda con un matrimonio y dos niños. Por las noches se pone unos tapones de gomaespuma amarilla en los oídos, valioso regalo que le hizo un fotógrafo de France-Press, que la

salvó-los tapones, no el fotógrafo- de la locura completa en su ciudad bombardeada con rigor matemático. Como de lejos, escucha cada noche los llantos de los niños y los gritos de los padres.

En la pared de metal de su casilla unas manos clandestinas han escrito con aerosol “NO HAY FUTURO” en su lengua materna, y ella piensa que han de ser muy jóvenes para no comprender que estar vivos y fuera de la guerra es, en sí mismo, un futuro posible.

En Stephansplatz baja del tren, mira el reloj del andén y se alegra. Le quedan aún diez minutos antes de entrar a trabajar. Puede ir tranquilamente, mirando a la gente, saludando con su sonrisa a desconocidos indiferentes y apurados, como cuando vivía en su pueblo y no imaginaba que existieran bombas, y ruinas y miedo y hambre.

En la escuela para extranjeros, limpia las aulas en las pausas. Los alumnos la saludan en los idiomas del mundo, los profesores en el alemán lento y pausado que usan para enseñar.

La señora Salima se demora un momento ante las pizarras llenas de palabras y memoriza algunas antes de borrarlas con su trapo húmedo.

Juego de manos

* * *

Juego de manos

México 2018

Fue el verano que no salimos de vacaciones. El verano de noches agobiantes en el que por las ventanas abiertas escuchábamos, mi hermana y yo, los gritos y las peleas de ellos, que tenían su cuarto abajo del nuestro. Mi padre estaba sin trabajo y mi madre nos organizó a mi hermana y a mí una estadía en la chacra de unos parientes.

Mamá nos describió el lugar como un oasis de aventuras, lleno de animales, de árboles frutales y dos simpáticos chacareros- los Pérez-que estarían encantados de enseñarnos todos los trabajos del campo. Mi hermana lloró un poco cuando mi madre nos puso en el tren. Yo también tenía ganas de llorar, pero con 13 años ya cumplidos me dio vergüenza. Hubiera preferido quedarme en casa, con el calor y las peleas de mis padres, pero en casa.

El paraíso no quedaba muy lejos y en menos de tres horas estábamos en la estación de una ciudad pequeña. La señora Pérez se dio cuenta enseguida que éramos los chicos que esperaba, tal vez porque fuimos los únicos que bajamos del tren en esa estación.

Subimos los tres a un auto viejo y un poco sucio. La radio estaba muy fuerte, así que no hablamos en todo el camino.

Los Pérez no parecían muy interesados en incorporarnos al trabajo de la chacra, sino más bien en mantenernos al margen de sus muchas tareas.

Pronto descubrimos un terreno más allá de la casa, con altos pastizales y algunos árboles y, lo mejor de todo, descubrimos a Carlos y a Eliana. El chico era más o menos de mi edad, pero más alto y más corpulento y Eliana era un año más grande que mi hermana y también mucho mejor equipada. Eran hermanos y creo que estaban igual de contentos que nosotros de haber encontrado dos amigos para pasar el verano.

Una tarde de mucho calor estábamos echados a la sombra de un árbol, que estaba relativamente fresca, cuando a Carlos se le ocurrió la idea de jugar a los cazadores. El juego en un principio me pareció una tontería, una cosa de niños pequeñitos, pero no dije nada ya que yo también estaba aburrido y no tenía ninguna idea mejor. “Nosotros somos los cazadores” dijo Carlos poniéndose de pie y tirándome del brazo para que yo también me levantara.

“Ustedes- les dijo a las chicas- son las liebres”. No hizo falta explicar nada más, porque de pronto todos parecíamos haber entendido de qué se trataba en realidad y las chicas salieron disparadas haciendo ruidos salvajes y riendo.

“Yo voy a perseguir a tu hermana y tú a la mía” me aclaró innecesariamente mi amigo, y salimos tras las chicas, que ya habían tomado direcciones diferentes.

Mientras corría atrás de Eliana pude ver de reojo como Carlos atrapaba casi de un zarpazo a mi hermana que cayó al suelo riendo y sin ofrecer demasiada resistencia, me pareció a mí.

Eliana, en cambio, corría como una maldita liebre, en zigzag y no parecía dispuesta a dejarse atrapar. Era una buena corredora, pero yo también.

Finalmente la alcancé y luego de un breve forcejeo la tuve atrapada, de espaldas contra la tierra y yo sentado arriba de su estómago, sujetándole los brazos a los costados de su cabeza. Ella dejó, de pronto, de reír y yo estaba tan cerca de su cara que pude ver las gotas de sudor que resbalaban lentamente por su cuello, orugas transparentes. Más allá escuché el cacareo idiota de mi hermana y luego un silencio que lo envolvió todo, como si hubieran puesto el mundo que me rodeaba bajo una campana de cristal y solo podía escuchar mi propia respiración.

Eliana ya no trataba de zafarse, sino que se había arojado como una muñeca de trapo y me miraba jamente a los ojos con la boca un poco entreabierta y las mejillas más rojas que nunca y yo supe que con solo acercarme otros dos milímetros podría besarla.

Es más: de pronto supe que eso era exactamente lo que ella estaba esperando, que era eso lo que mi amigo y mi hermana estaban haciendo, y que era eso lo que todo el universo entero estaba esperando con la respiración

contenida y ese rumor sordo en mis oídos.

Y no pude hacerlo.

Me hice a un lado y al mismo tiempo Eliana se levantó de un salto, me pateo un tobillo y se fue corriendo, no sin antes gritarme roja de rabia “Cagón”.

Entonces me senté sobre los yuyos aplastados de mi primera derrota y me sentí extrañamente aliviado.

¿Encontró todo lo que buscaba?

* * *

¿Encontró todo lo que buscaba?

Buenos Aires 2020

El vigilante del supermercado se paró junto al viejito empacador, donde termina la caja, y la miró con los brazos cruzados, como con ganas de regañarla.

Ella puso las cosas en la cinta transportadora, un ramo de perejil, dos plantas de lechuga y un cartón de leche. La cajera le preguntó en piloto automático, sin mirarla: “¿Encontró todo lo que buscaba?”. Y entonces cuando estaba a punto de pagar las tres cosas, el vigilante del supermercado le dijo mirándola jamente, “¿Está segura que eso es todo lo se lleva?”.

Ella sintió un escalofrío, un cortocircuito de adrenalina, si hubiera sido un gato o un tigre, en ese preciso momento hubiera saltado, huyendo del peligro. Pero era solamente una mujer de mediana edad seriamente deprimida, y con mucha arrogancia contestó que sí, que eso era todo. Entonces pagó, y la cajera dijo “recibo 200, aquí está su cambio 142 con 2 centavos” y cuando el viejito con chaleco verde puso en una la bolsa de plástico su compra y se la iba a dar, el vigilante lo detuvo con un gesto, al tiempo que levantando la otra mano le hizo señas a alguien para que se acercara y a ella le dijo: “Vacíe su bolso, por favor”. Y llegó otra mujer regordeta y joven al trote, embutida en su

uniforme de vigilante, con un cartelito en el pecho que decía SUPERVISOR y se sumó al grupo: El vigilante, el viejito empacador, la cajera, que había quedado congelada en el gesto de cerrar la caja, y la gente de la la, todos ellos mirándola en silencio. Y ella agarró su bolso de loneta, que ya estaba muy gastado pero se le seguía notando lo chic, y le dio la vuelta sobre la bahía de goma negra de la caja 24 del hipermercado y quedaron al descubierto un queso de cabra, un pate de pato importado, dos paquetes de mozzarella de la buena, una botella de vino caro, sal marina del Himalaya, un paquete de cuscús y un frasco de Atún El Velero, sus anteojos negros, las llaves, un rebozo celeste, un lápiz negro, y un teléfono celular. El vigilante puso toda esa mercadería robada a un costado, devolvió las otras cosas a la bolsa de lona y se la entregó junto con la bolsa de lo que si había pagado. Entonces le dijo a la cajera que sumara los importes de las cosas sueltas, y la cajera paso las cosas por el scanner, bip, bip, bip, y le entregó al vigilante un tiquet cuyo importe nal era 2.652 pesos redondos. “¿Puede pagar estas cosas?” preguntó un poco cansado y la mujer se puso los anteojos negros y dijo “No”, sonriendo. “¿Quiere llamar a alguien que venga a pagarle por estas cosas?” preguntó el vigilante muy amablemente y

la mujer dijo “No” sin dejar de sonreír, entonces intervino la gorda supervisora, y le dijo “¿No le da vergüenza ser una ratera a su edad?” y la mujer le contestó “Más vergüenza me daría tener que usar ese uniforme que le queda tan feo” y el viejito empacador se rio y el vigilante

la tomó del codo y dijo “Acompáñeme, por favor”. En el área de atención al cliente le pidieron su nombre y sus documentos, que no tenía.

Entonces la escoltaron, el vigilante delante y la supervisora detrás, hasta el garaje del supermercado, y ya había un patrullero con las luces encendidas y las puertas abiertas y dos policías de verdad y le dijeron que se suba al asiento de atrás. Ella se sentó, como quien se sube a un taxi, mientras que los policías y los del supermercado hablaron un poco y rmaron una planilla de algo. Ella mientras tanto, saco el celular del bolso, se hizo una sel e sentada en el patrullero y se la mando a un amigo por wasap con el siguiente comentario “¡Sucedió! Me llevan detenida”. “A dónde” fue la rápida respuesta y ella se asomó un poco por la puerta abierta y les dijo a los policías ¿”A dónde me llevan?” “A la “xxxxx”, entonces texteo esa información, guardó el teléfono y pensó con una extraña calma, como si fuera la protagonista de una película sórdida pero fascinante: “Tengo que acordarme de todo esto para escribirlo, un día”.

El Milagro

* * *

El Milagro

Buenos Aires 2020

Estaba empezando a preocuparse. Daba vueltas en la cama desde hacía un par de horas. Se despertó a las tres de la mañana de golpe, como si toda ella hubiera estado apagada y la hubieran prendido. Revisó el teléfono y no había ningún mensaje, ninguna llamada perdida. Afuera, la noche se había callado un segundo, como en suspenso. Pensó que lo mejor era tratar de dormir un poco más. Quién sabe lo que le depararía el día. Pero no pudo, aunque lo intentó: contando de arriba para abajo, respirando en etapas, visualizando números blancos contra una pizarra. Ya tenía que aceptar que estaba preocupada, y como entre vuelta y vuelta ahora eran las seis menos cuarto, se levantó, aunque no era la hora habitual de levantarse. Se preparó un café, fue hasta la puerta, recogió el diario y ahí se le escapó el primer sollozo seco, un jadeo contenido, un ruido como una pedrada rompiendo la ventana de la normalidad. Lo normal hubiera sido recoger el diario, llevarlo a la cocina, leer en lo que tarda tomarse un jarrito de café todos los titulares y un par de noticias más a fondo, sacar el suplemento cultural y dejarlo a un lado, servir otro jarro de café, llevárselo al cuarto junto con el diario adelgazado, y despertarlo tocándole el hombro diciendo “dale, buenos días”.

Pero todo eso no va a suceder hoy, porque algo pasa, y las cosas se han corrido de lugar. El sollozo se ha transformado en un rictus de enojo, un surco profundo entre los ojos, la boca caída, como entre paréntesis. Mira otra vez el teléfono. No hay nada. El último mensaje de él fue a las nueve de la noche “Saliendo. Ya comí por el camino.” Y con esto quería decir que no lo esperara despierta, que se fuera a dormir a la hora de siempre, a las diez de la noche en punto.

Convivían hace muchos años, y sus vidas estaban sostenidas por un conjunto de rutinas, que eran como un esqueleto, sólido y con able, indestructible y todo el relleno, que eran las otras cosas que sucedían, los eventos del exterior, los imprevistos, eran los que a veces les daba una sensación de unión- ya no lo llamaban tan a la ligera amor- y a veces los ponía frente a frente, como dos boxeadores en el ring. Listos para una pelea más. Pero hacía muchos años- cuarenta y uno exactamente-que sobrevivían a los momentos amorosos y a los otros, y habían sabido construir un plan de ruta que funcionaba amable y con adamente. Esto hacia desconcertante, incluso imperdonable, que él no haya regresado a la casa, que no haya ningún mensaje, ni intento de llamada. Nada.

Tiene que aceptar de una vez que está casi enferma de preocupación y hacer algo.

Lo primero que se le ocurre es montar la tabla de planchar y planchar su camisa celeste, cepillar el traje azul,

en caso de que él estuviera muerto y necesitara la ropa apropiada para el velorio; también planchar la falda y la blusa que usaría ella en el caso de tener que ir al hospital o la morgue; ya tendrá tiempo después de ver qué se pone para el velorio y el funeral. Lo hace, mirando de reojo todo el tiempo el teléfono, porque podría ser que suceda un milagro y haya una explicación para todo esto, y él esté bien. Entonces se le ocurre que lo que hace falta es rezar, aunque no tiene costumbre, tener fe. Y se pone de rodillas en la sala, frente al televisor apagado, y junta las manos y reza “dios mío, por favor, hace que esté bien, que no le duela, que no sufra, que vuelva, que no sea nada, nunca más voy a pedir nada si me das esto, por favor, que no le duela, que no sufra, que no sea nada, que vuelva, amén”.

Y ahora sí, se sienta en el suelo, derrotada y llora desconsoladamente, sin taparse la cara, llora abiertamente, llora como hace años que no lloraba y no sabe bien si llorar por él o por ella, y se da cuenta que es lo mismo: ella es él y él es ella. Y entonces se abre la puerta y entra él, de cuerpo presente, con su cara seria de siempre, pero un poco desconcertado, al verla en el piso, sentada y llorando.

Deja sus cosas en el piso y se sienta con ella, como si fuera algo que han hecho desde siempre, y le cuenta que: el auto se rompió antes de entrar a la ciudad, justo después de mandar su mensaje, que después de mandar el mensaje el teléfono se quedó sin batería, que se metió a un motel que estaba en la carretera- ¡la suerte que justo estaba frente a un motel!- llamó a un taller mecánico desde la recepción,

mandaron una grúa que se llevó el auto. En el auto se le fue el cargador del teléfono. No sabe de memoria ningún teléfono. Está cansado y enojado por el imprevisto. Decide que lo mejor es dormirse y resolver todo en la mañana. ¿Si se le ocurrió que ella iba a preocuparse tanto? Claro que no, estaba seguro que ella a las diez de la noche se había ido a dormir, como siempre, y calculaba llegar a esta hora, las ocho de la mañana, que es la hora en la que siempre se despiertan.

Ella escucha todo esto cada vez más enojada hasta que se da cuenta que ahí está él, que por más absurda que sea la explicación de por qué no le avisó en la noche de lo que sucedía, el hecho es que está ahí, vivo y entero, y se da cuenta que por primera vez en su vida ha rezado por un milagro y el milagro ha sucedido.

Trampas para peces

* * *

Trampas para peces

Buenos Aires 2020

Un pañuelo rojo, tal vez una servilleta, porque estábamos haciendo un picnic en la playa. Ella tenía un trapo rojo en las manos y se enjuagaba las lágrimas. Este es el primer recuerdo que tengo de mi madre y no estoy para nada segura de ningún detalle. ¿Estaban mis hermanos o mi padre? ¿Qué edad tenía ella, qué edad tenía yo? Y la pregunta más insidiosa: será un recuerdo cierto o un recuerdo fabricado, como de androide. Pero esta imagen es una foto perfectamente clara que brilla allá lejos, al fondo de mi memoria.

En una de las raras reuniones de mi familia, pregunté si alguien se acordaba de esa playa, del picnic, el pañuelo rojo y las lágrimas. Mi hermana dijo “que pavada cómo vas a acordarte de algo así”. Mi hermano empezó a desgranar sus propios recuerdos de playas, de vientos patagónicos y mejillones bajo las piedras, muy seguro de sí mismo, porque es el mayor y habla como si fuera el dueño de los recuerdos de todos. Les pone fechas y dice cosas como “eso te lo contaron, porque vos no habías nacido”. Me da una rabia tremenda este guardián ad honorem de todos los recuerdos familiares porque me hace dudar de los míos.

Ahora, que pasaron tantos años, ya entendí que no tiene ninguna importancia la verdad (o la mentira) histórica de los recuerdos que elegimos contar, contarnos a nosotros

mismos y a veces- como pruebas de amor o de odio- a otros.

Lo verdaderamente interesante es como funciona ese artilugio que es como una trampa para peces, la red de la memoria que atrapa recuerdos en el enorme pantano de las emociones del pasado. Recuerdos, que son peces atrapados en una trampa. Y ese mecanismo lo construimos cada uno como podemos, hábiles o torpes, y de todo el caudal de agua que pasa bajo los puentes de la vida queda atrapada una colección de recuerdos, un muestrario de recuerdos imperfectos, que terminan por ser la materia con la que construimos nuestro carácter, tal vez nuestro destino.

Mi madre tampoco fue de gran ayuda las veces que le pregunté por el origen, los motivos y las circunstancias de esto que llamo mi Primer Recuerdo. Siempre le pareció más interesante hablar de ella que de mí, asique mi primer recuerdo, la servilleta roja y el picnic en la playa solo le sirven como puntapié inicial para repasar con amargura y satisfacción su propia colección de peces y dice, por ejemplo, “ese fue el n de semana que tu padre me dijo que se había enamorado de la reina provincial de la lana” y entonces mi pobre recuerdo ya no es más que un pescadito saltando en la orilla del planeta de mi madre, ahogándose, a punto de morir asfixiado. Tengo que sacarlo de allí, me digo, y me prometo a mí misma guardar mis recuerdos para mí, no compartirlos con ninguno de ellos ni tampoco con mis propios hijos. Me gusta pensar que puedo regalarles la libertad de elegir su propia colección de peces, pero sobre

todas las cosas me doy cuenta que me da muchísimo miedo escuchar lo que tengan que decirme, esas cosas que eligieron acordarse. Odio la idea de ser un pez sin voz ni voto en la colección de otros.

El abrigo

* * *

El abrigo

Buenos Aires 2024

Es el cumpleaños de uno de sus hijos y no tiene nada de dinero extra para organizar un festejo especial: ir al cine con un par de amiguitos y un picnic en el parque.

Solo le queda el abrigo de astracán que era de su abuela. Entonces, sin pensarlo dos veces, mete el abrigo en una bolsa que no es lo bastante grande y la piel sobresale suave y azulada.

Le gustaría ya mismo tener amigos a quienes preguntarle a dónde ir a venderlo, pero hace pocos meses que han llegado, ella y sus hijos, y aun no habla casi nada del idioma. Sus hijos han aprendido mucho más que ella, pero no quiere pedirles ayuda, que le hagan de intérpretes, porque tendría que decirles que no tiene ni una moneda para festejar cumpleaños. Su nuevo marido tampoco es una opción: pasa varios días a la semana en otra ciudad y cuando vuelva el fin de semana, ya será tarde. Y no quiere pedirle nada extra. Ella siente que luego de la alegría y la euforia de haber empezado a vivir juntos en el país de él, luego de la llegada, los niños y ella con dos maletas y dos ositos de peluche, ese momento ha pasado. Ahora, la sensación es de agobio económico, la seriedad con que se discute y cuida cada centavo, el enorme cuidado que todos ponen- incluso los niños- para que no se rompa la precaria convivencia entre los cuatro. Los tres extranjeros y el

ciudadano.

Sale a la calle y por un momento tiene ganas de ponerse el abrigo. No está acostumbrada al frío. Es un frío que recién empieza- le han dicho- y que irá creciendo hasta ocupar todo el lugar del invierno. Pero aún no llega lo más crudo del invierno y no le importa, porque siempre ha puesto por delante lo urgente a lo previsor. Tiene más de cigarra que de hormiga. Le importa mucho más el hambre de hoy (metafórica y literalmente) que el pan para mañana. En el fondo es una atea rebosante de fe: piensa que “mañana” siempre será mejor.

Tiene tres horas para salir, vender el tapado y regresar a la casa, antes de que vuelvan los chicos de la escuela. El dinero que le ha dejado él para comer no ha de usarse en ninguna otra cosa. El dinero que ella gana con su trabajito por hora (trabajo de extranjeros), se ha ido en zapatos nuevos para los niños. Pero le queda este abrigo, brillante y lujoso, como un recuerdo de otro planeta, de otro mundo, de aquella vida que ha dejado atrás, enamorada.

Toma el metro en dirección al barrio más popular y con ictivo de la ciudad. Lo conoce, pues ha paseado del brazo de su marido, como quién visita un zoológico, donde vive el lumpen colorido de ésta ciudad en general tan gris.

Por las dudas, ha mirado en el diccionario como se dice “casa de empeños” y lo lleva escrito en un papelito. Una palabra relativamente corta y dura, como una pedrada.

Pocas veces ha tomado el metro sola. En general se mueve por el barrio en bicicleta o a pie. A las casas de ancianos, donde limpia tres veces por semana, llega de esta manera o es llevada en un autito de la empresa, cuando queda más lejos. En esas ocasiones la llevan en el asiento de atrás, con la enfermera de turno y los pañales descartables.

Tiene que estar muy atenta para tomar el metro correcto, para no perderse en esta ciudad casi desconocida y analfabeta del idioma. Pero no tiene miedo. Casi nunca tiene miedo. Sus deseos la hacen sentir indestructible. Va a vender ese abrigo y va a sorprender a sus hijos con un cumpleaños especial, sin pasar por la humillación de explicar y pedir y convencer a su compañero. No quiere hacer el esfuerzo que costaría todo eso, con las limitaciones del idioma, la cultura y la educación que no comparten. Y, el a su naturaleza, piensa: primero lo hago y luego lo explico.

Una vez en el barrio de la zona rosa, entra a la primera casa de empeño que encuentra. Se hace entender con señas y palabras sueltas y cierra el trato.

Vende el abrigo por la suma que ha calculado necesitará para las entradas al cine y el picnic. Vale más fabricar un recuerdo nuevo, que guardar uno viejo. El recuerdo de su abuela que la envolvía en un abrazo con ese abrigo puesto.

Cuando regresan los niños de la escuela, con las mejillas rojas, contentos y con hambre, ya tiene la comida

lista y cuando terminan les dice: mañana, para festejar el cumpleaños, nos vamos al cine y de picnic a la plaza. “¿Y el regalo?”- pregunta el niño- que aún recuerda su último cumpleaños en un país ya muy lejano. “El regalo, este año, es el festejo” dice la mujer con entusiasmo y todos empiezan a saber conformarse.

El Juego que nosotros jugamos

* * *

El Juego que nosotros jugamos

Buenos Aires 2024

Toco el timbre, aunque tengo llave. Aguardo unos segundos y entro. Por el pequeño pasillo viene Herr H. arrastrando sus pantu as.

-¡Pase, pase! – dice mirando primero su reloj pulsera y enseguida el de la pared, encima de la puerta.

-¡En punto! ¡Es usted la extranjera más puntual que han mandado! – celebra Herr H. con el candor políticamente incorrecto que lo caracteriza.

-Debe ser que tengo 1/6 de sangre alemana – le digo, alentando sus tonterías de viejo.

Me gusta Herr H., me gustan sus modales de maestro de primaria, que es lo que ha sido durante toda su vida, hasta jubilarse. Ahora es tan viejo que, si existiera algo así, lo jubilarían de estar jubilado, le darán el súper bono al más allá en cualquier momento. De alguna manera ha convertido mis sesiones de limpieza en su casa en clases de alemán. Incluso, al despedirnos, me asigna tarea para el hogar. No me sorprendería si un día de estos me entrega un papel con mi calificación. Ya lo conozco bastante bien, luego de dos meses de asistirlo, y veo que está avergonzado y nervioso. Es fácil adivinar que anoche ha tenido un “accidente” y en el

pequeño apartamento ota un olor acre y un poco metálico que ya identi co. Entonces, mientras cuelgo mi abrigo y me pongo el delantal, lo mando a buscar la correspondencia. Son como quince pasos y tres escalones para llegar hasta donde están las casillas de correo del edicio. Todo esto le llevará un buen rato. Se pondrá su abrigo, luchará con los cordones de los zapatos, guardará las pantu as en su lugar, tomará la llavecita que indica el número de su casilla (que podría olvidársele en cualquier momento) y saldrá un poco más cabizbajo y tembloroso que de costumbre. No lo ayudo, porque sé que le gusta demostrar que aún puede hacer todas estas cosas por sí mismo. A mí me alcanza el tiempo para entrar al cuarto de baño, abrir la minúscula ventanita, recoger el pijama que ha dejado hecho un bollo junto con el pañal sucio en el cesto, separarlos, darle una primera enjuagada al pijama con la ducha exhible, encapsular el olor del pañal en una bolsa bien cerrada. Limpiar el inodoro con un producto que huele a emergencia de hospitales, repasar el lavamanos, la ducha, el espejo y los azulejos, fregar el piso con más producto, envolver el pijama húmedo en la toalla grande, que está seca pero decorada con churretones de color marrón, y la de manos, que parece limpia pero sospechosa. Comprobar el jabón líquido, el papel higiénico, la provisión de pañales. Poner las toallas limpias. Llevar todo a la cocina y, en el dormitorio, quitar las sábanas para meter todo en la lavadora. Cuando Herr H. regrese de la excursión a la casilla de correo del hall de entrada, le pediré que se quite la ropa (que lavaré mañana) y que no olvide cerrar el ventanuco para no enfriarse mientras se ducha, lo

que hará con la puerta entornada, como nos ha explicado a los dos la enfermera supervisora que viene cada dos días y chequea sus signos y pregunta cosas que a mí me suenan como “¿qué tal su silla?”. El señor H. me ha explicado lo que significa esa expresión en alemán, pero entendió enseguida que a mí me causara tanta gracia, traducida literalmente al español. Toda nuestra rutina sirve de excusa para que él juegue a que es el maestro y yo juegue a que soy la extranjera que limpia.

Me parece un buen juego, este juego que jugamos, porque permanecemos a salvo y somos capaces de mirarnos a los ojos con cierta simpatía.

Mala racha

* * *

Mala racha

Buenos Aires 2024

Tuve un novio que aún hoy debe estar alucinando por todas las cosas que le pasaron durante nuestra breve pero intensa relación. Estuvimos juntos un año, no mucho más, y desde que nos conocimos en casa de unos amigos, tuvo priapismo, luego un infarto y por último un derrame cerebral. Dicho así puede arrancar una sonrisa tragicómica, pero no creo que él le vea la gracia. Me consta que me odia, porque me lo dijo a los gritos la última vez que nos vimos. Me acusó de aprovechada, desalmada y egoísta. Fue curioso, porque yo- en relación a lo nuestro- me sentía solidaria, generosa y buenísima.

La noche que lo conocí en casa de unos amigos, casi no hablamos pero bailamos con un nivel de sincronización y comodidad (no se me ocurre otra palabra) tan fluido, que mi amiga dijo que parecíamos conocernos de toda la vida.

Las primeras semanas, mientras empezábamos a conocernos, solo le sucedían cosas buenas: tuvo una oferta de trabajo, luego de años de estar desempleado y recluso, tal vez deprimido- pienso ahora. Pocos días después recibió la noticia de una pequeña herencia, lo que lo sacaría del todo del pozo depresivo y la malaria económica. Y además volvía a tener novia, que era yo.

Supe por conocidos en común, que había tenido otras relaciones largas, intensas y con pésimos finales, pero eso solo le agregaba colorido a su personaje, y además se tiende a creer que una será la maravillosa excepción. Bueno, no es cierto: en general somos solamente el cuento repetido en la vida del otro.

Lo del priapismo, que es- sin entrar en la cosa científica-una erección permanente y dolorosa, dio pie a muchas bromas y tomó un poco de tiempo entender la gravedad, la envergadura, podría decir, del asunto.

Lo acompañé al hospital a hacer una primera consulta, luego de haber esperado dos o tres días a ver si el problema desaparecía solo, como había llegado. Para cuando llegamos al hospital, luego de un viaje inolvidable en el metro (el tratando de disimular su problema con un impermeable largo y holgado, parecía el vivo retrato del cliché del exhibicionista) la cosa ya no parecía tan divertida para nosotros. Fue sorprendente y un poco humillante, ver cuánta gracia y curiosidad parecía causar la condición de mi novio, sobre todo el síntoma más evidente, que lo convirtió en un número de feria por unas horas en el hospital. Fue tal la cantidad de médicos, enfermeras y enfermeros que entraron a ver al fenómeno, que mi novio-centro de tanta atención-volvió a las bromas y sugirió cobrar una entrada a cada espectador. Yo, mientras tanto, estaba sentada en una silla en la esquina del pequeño cubículo, tejiendo cuadrados de crochet, que es lo que hago cuando estoy nerviosa. Cada vez que entraba un nuevo medico las preguntas eran

casi idénticas, ¿Hace cuánto que esta sí? ¿Tomo viagra? ¿Otras drogas? ¿Es la primera vez que le pasa? ¿En qué situación empezó? Y esta pregunta en especial me mortificaba a mí, porque era cuando mi novio desde la camilla me señalaba mientras decía “estaba con ella” entonces las personas con batas de diferente importancia, me miraban y yo sé que lo que veían era a una mujer de mediana edad, tejiendo al crochet, con los anteojos a media asta y esto también provocaba guiños y sonrisas. Era como si nadie en ese hospital, desde el medico jefe- que también hizo su ronda con un sequito de internos- hasta el personal de limpieza, pudieran mantener la seriedad ante la magnitud de la tragedia, diría Quim Monzó en un libro excelente que trata de este tema. Pero esto no era ni una peli, ni un libro, sino lo que le estaba pasando a este hombre que desde hacía unas pocas semanas era mi novio. Estuvimos todo el día en el hospital dando el espectáculo, que fue gratuito y mortificante. Entre pregunta y pregunta y muchas interconsultas entre especialistas, le fueron aplicando “tratamientos” que a mí me parecieron de lo más improvisados y caseros, como ponerle a la zona crítica hielo (que tuve que salir a comprar yo, porque no había en el hospital), calor (una bolsa de agua caliente de uso común), peso (una guía de teléfonos bastante manoseada) y ya bien entrada la noche y aún en posición de firme, sin rendir el pabellón, una inyección de algo que provocó un alarido descomunal por parte del paciente y la inmediata capitulación y caída del síntoma.

Volvimos de madrugada a la casa, con un ánimo de funeral, que – aunque aún no lo sabíamos-era exactamente el ánimo adecuado, porque el remedio doblegó al síntoma para siempre. Luego, seguimos adelante con nuestras vidas normales, aunque muchos de los síntomas de la depresión regresaron en forma de largos silencios hostiles, malos humores repentinos, ausencias prolongadas. Así y todo hicimos un pequeño viaje a una provincia vecina, y aprovechamos para consultar a un chamán o curandero que frotó aceites y le sopló humos a la zona muerta, sin ningún éxito. Pero, ya resignados, nos dedicamos a sublimar con verdadera pasión, a beber y a comer en todas las fondas de la región, famosa por su gastronomía.

Eventualmente nos adaptamos a este noviazgo en el que de entrada hubo que suprimir parte del programa, pero conversando a cerca de este hecho nos dijimos que ya habíamos tenido largas y variadas experiencias, cada uno por nuestro lado y que ahora estábamos maduros para cambiar de prioridades, y no sé cuántas tonterías más.

Yo engordé como diez kilos y él también. Las peleas eran más frecuentes y violentas, reclamos, celos, monumentales resacas y las reconciliaciones tenían lugar en nuevos restaurantes, tomados de las manos por encima de la mesa.

En una de estas treguas, el me ofreció dinero para una idea de negocio en la que yo estaba trabajando y lo acepté, con la fuerte intuición de estar equivocándome. Me ganó la

codicia, lo reconozco, aunque a mí misma me dije que era un justo intercambio por haber estado a su lado en las malas y en las medianas.

El negocio no resultó del todo bien, hubo más pérdidas que ganancias, nuevos reproches y reclamos y finalmente nos separamos otra vez.

A las pocas semanas me avisaron que, al que consideraba oficialmente mi ex novio, le había dado un infarto masivo, que estaba solo, en un hospital de provincia, sin nadie que lo cuidara. Entonces encargué mis asuntos, que iban de mal en peor, con unos amigos y corrí a tomar el primer bus disponible para llegarle al rescate. Debí sospechar de la emoción y la alegría que me produjo hacer este disparate.

Ahora entiendo que me resulta más sencillo ocuparme de otros (a menudo mal) que de mi misma. Cuando llegué, lo encontré desvalido, entubado y conectado a monitores vetustos, en una sala común de un hospital descascarado, en medio de la nada. Todas estas adversidades me llenaron de un espíritu de pionera, e inmediatamente conseguí lo necesario para limpiar la sala con mis propias manos, poner más cómodo a mi paciente, entablar conversaciones con los vecinos de cama y conocer a las pocas enfermeras y los dos únicos médicos por su nombre. Al cabo de tres días, cuando estuvo estabilizado, conseguí que lo trasladen a la capital, donde estaría mejor atendido.

Finalmente le dieron el alta de este nuevo episodio, y como si ya supiéramos un libreto, volvimos a estar juntos para la recuperación. Al poco tiempo, empezamos a discutir por viejas y nuevas cosas hasta el punto de separarnos una vez más, de mala manera.

¿Hace falta que relate el posterior derrame cerebral? Lo único un poco distinto es que no corrí a su lado, y solo accedí a vernos meses después, cuando él se presentó en mi casa, a proponerme un tipo de acuerdo más permanente e incluso legal, dejando de lado todas nuestras diferencias y con el principal argumento que ya estábamos demasiado grandes para conseguir otras compañías.

No me pareció suficiente el argumento de nuestras edades y también me impresionó verlo de bastón y con un lado de la cara también muerto, así es que creo que nos hemos separado definitivamente porque sé que no podré perdonarle nunca el que me haya acusado de aprovechada, desalmada y egoísta.

Yo creo y sostengo que fue sólo una mala racha.

Turistas

* * *

Turistas

Buenos Aires 2023

Llevan una guía para viajar que consultan bastante. Luego, él despliega el mapa y marca con un lápiz, a dónde están exactamente ahora y a dónde quieren ir. Son capaces de caminar cuatro o cinco horas casi sin distraerse por ciudades desconocidas, conversando poco, evitando decir “mira esto” o “fijate aquello” porque no les gusta comportarse como turistas típicos. El anhelo secreto es parecer locales, o al menos confundirse con el paisaje. Casi no sacan fotos, y por supuesto, la cámara es de bolsillo y está bien guardada en la mochila pequeña. Viajan de manera muy sencilla, sin hacer reservas para dormir o comer. Llegan en avión al país elegido, y una vez allí, se trasladan un poco al azar en medios de transporte públicos a ciudades y pueblos cuyo principal atributo sea NO ser turísticos. Evitan los museos, los miradores y las atracciones de diseño.

La estadía en un poblado junto al mar, por ejemplo, tranquilo y prometedor puede verse arruinada inmediatamente si se topan con un grupo de turistas, siendo los compatriotas los más detestados. En ese caso, se cambian de hotel o de restaurante y si hace falta de población...Este frenesí de no hacer turismo los lleva muchas veces a parajes francamente horrorosos. Pero han desarrollado una visión especial, que les produce verdadero

placer: en general sienten que cuánto más feo es el lugar, más interesante será.

Muchas veces discuten en plazas públicas porque no logran ponerse de acuerdo si el lugar es solo horrible, o es horrible/interesante. Depende un poco del cansancio que traigan, si están bien de salud o un poco enfermos (son bastante comunes las intoxicaciones leves). Se diría que en general conforman un buen equipo porque suelen tener sus malos humores a destiempo y, más o menos, saben cuándo se puede presionar y cuándo se debe ceder. Ahora, van caminando por la costera de una ciudad con puerto, una ciudad que conoció mejores tiempos, pero aún conserva un aire auténtico y tradicional, dos adjetivos que les encantan. Es un bulevar bastante descuidado, de cemento, hay barcos estacionados ahí nomás. El agua es de un negro profundo, aceitosa y huele a basura y petróleo. Aunque pasean muy tranquilamente, sin señalar o hacer comentarios turísticos, son inmediatamente identificados como turistas y tratados en consecuencia: les ofrecen comida, baratijas, camisetas, anteojos, folletos de fondas, de hoteles y paseos. Ellos sonríen un poco distantes, como jefes amables y usan una frase que les hace mucha gracia. Dicen: "Hoy no, tal vez mañana". Jamás compran nada en la calle. Sienten permanentemente que pretenden estafarlos: por tontos y por turistas. Por todas estas cosas es incomprensible lo que acaba de suceder: él se ha levantado del banco donde están sentados y con pasos decididos se ha acercado a un grupo de chiquillos semidesnudos, muy morenos, flacos y

con miradas vigilantes, que por medio de pantomimas le dan a entender que si arroja una moneda al agua, alguno va a saltar a bucear. Ella se acerca, un poco alarmada. Mira los niños, mira el agua. Y les dice, aunque no es probable que la comprendan, que de ninguna manera van a tirarse a esa agua contaminada y pestilente. Lo dice como una madre se lo diría a sus hijos, con firmeza y severidad, sacudiendo el dedo índice justo enfrente a sus caras burlonas, ávidas. Está claro que a la señora extranjera no van a sacarle ni una moneda. Entonces las caritas, como girasoles despeinados, miran todos al hombre alto, correctamente vestido con pantalones largos. El hombre sonríe allá arriba en las alturas, un poco ferozmente, como el lobo del cuento, y de su bolsillo saca unas monedas relucientes, elige la más grande y pesada y con un movimiento típico, eyectándola a las alturas con el pulgar, arroja la moneda al agua, con un arco perfecto. Y los chiquillos se tiran al agua gritando y riendo. El agua negra y brillante, que como un espejo oscuro se ha roto en mil pedazos. Por un segundo desaparecen y reaparecen casi a la vez. Uno de ellos sostiene con el brazo levantado la moneda. El hombre ríe y se dispone a buscar otra, para seguir con el juego.

Ella ha visto todo esto impotente y horrorizada. De pronto le parece que ese hombre, su compañero de viaje, su marido, es un desconocido, un extranjero soberbio y condescendiente, es decir: un vulgar turista.